

LA INCULTURA POLITICA

LA campaña electoral que ha terminado con la "jornada de reflexión" —la cursilería tiene pocos límites— deja un mal sabor de boca. Ha sido pobre, contradictoria, hueca. Ha mostrado una vez más que vivimos una profunda incultura política. No podía ser de otra manera en un país que rechaza, desdeña, se aleja de la cultura general; un país sin lectores y sin espectadores, mantenido con relaciones superficiales sobre los grandes temas de la vida. La política forma parte de la cultura: sin cultura, la política se reduce a una mera relación de fuerzas, a un deporte tosco que puede conducir a la meta del poder.

ESTA campaña ha oscilado entre la imitación a países "superiores" y la rudeza de los subdesarrollados. El asesor de un ministro-candidato elogiaba así a su jefe: "Esté enfocando su campaña con gran habilidad, recordándome el marketing político que uno ha tenido la oportunidad de contemplar en tierras americanas". La cartelera, los "espacios" de televisión y radio, los anuncios en la prensa, estaban estudiados con arreglo a unas normas de persuasión y de penetración en el mercado. Sonrisas y "slogans", tonos de voz y corbatas, manos tendidas o dedos índices paternales, venían dados por los "estudios de mercado": no se trataba ya de que los partidos expusieran sus programas, sus doctrinas o sus intenciones inmediatas con la esperanza de que el elector "reflexionara" y se aproximase al que pudiera seleccionar de entre ellos como el más próximo a su concepto de vida y sociedad, sino que previamente se estudiaba la posibilidad de un comportamiento mayoritario para modificar con arreglo a él doctrinas y programas, y sobre todo frases persuasivas. De esta forma hemos visto cómo partidos adscritos a la izquierda no han vacilado en utilizar reclamos de aspecto derechista, y partidos de la derecha otros pertenecientes a la doctrina general de la izquierda, con objeto de sumarse el mayor número de electores. Más que de convencer, se está tratando de vencer, como dijo Unamuno en una famosa frase de reproche a los que serían vencedores de la guerra civil.

MIENTRAS dedicaban esta sonrisa y este cariño al elector en potencia —"el cliente siempre tiene razón"—, los partidos se apuñalaban entre sí; acusan unos a otros de enviar sus gorilas para reventar mítines, se denuncian por maniobreros, se despedazan. Las caravanas de vehículos con que ha ido terminando la campaña —sobre todo el fin de semana en las grandes ciudades— tenían un tono de agresividad, de hostilidad: las músicas de los altavoces, las frases con la voz ahuecada de sus locutores, la manera de arrojar octavillas como si fueran bombas de mano, las miradas duras de los jóvenes agitadores al público de paseantes...

CLARO que todo el carácter imitativo, o mimético, de la política española se viene ya produciendo sin esperar a la campaña. Venimos viviendo sobre moldes políticos exteriores. Probablemente el colonialismo político español es mucho más antiguo que este régimen; y el inmediatamente anterior se había nutrido de la fraseología, la esencia y la organización de sus mayores en Europa, el fascismo y el nazismo, aderezados a medida que la Historia externa avanzaba con algunas de las ideas dominantes —las modas— que se iban imponiendo. Podríamos ir aún más atrás en la busca de mimetismos. Pero en nuestro tiempo presente, el reflejo de Italia y Francia, sobre todo, más la moda de los Estados Unidos, nos han ido configurando. Hay una pobreza en la busca de soluciones y programas adecuados al problema de España; lo genuinamente español, dentro de este panorama, es sobre todo una sensación de torpeza, de chapuza, de "amateurismo", de falta de talento, de audacia y de imaginación que están contribuyendo a que la confu-

sión sea mayor. Ciertamente que el mundo es cada vez más unitario —pe-se a todo— y tiende a organizarse en grandes regiones; el juego de la democracia española está ahora sometido —por moda en la mayor parte de los casos, por obligación en otros— a unas reglas muy generales dentro de la región política en la que vive.

PERO hay considerables dudas acerca de a qué región política pertenece realmente. La occidental es aquella en la que está incluido. Hemos querido siempre ser "europeos": lo deseamos tanto, que imitamos a los americanos. Pero lo que llamamos ahora Europa —Europa Occidental— tiene unos rasgos históricos y económicos muy diferentes. A pesar de su crisis, tiene un nivel de vida superior; hay menos diferencias entre zonas urbanas y zonas rurales, entre provincias ricas y provincias pobres —la célebre diferencia entre el Norte y el Sur de Italia es inferior a las diferencias españolas—; su industrialización es mayor, su riqueza está mejor repartida. Aun con interrupciones brutales, sus democracias tienen antigüedad y esta antigüedad se refleja en el hecho de que ha pene-



Sonrisas y slogans, tonos de voz y corbatas, manos tendidas o dedos índices paternales han venido dados por los "estudios de mercado". (Javier Solana, durante el mitin celebrado en la plaza de toros de Vista Alegre, en Madrid.)

trado en la convivencia, en la tolerancia, en el respeto mutuo, en las relaciones familiares, en las costumbres. La cultura tiene una mayor solidez, un arraigo más profundo. No se trata, naturalmente, de caer en el viejo tópico de "España frente al extranjero", considerando el extranjero como algo global y excelente, y España como un nido de desgracias. Esta Europa Occidental vive también momentos difíciles, sus grandes partidos se rompen, sus sindicatos se ven desbordados y su clima social se deteriora. Pero sucede que por razones de arrastre histórico y de pobreza endémica España está en un extremo de esa situación. Podría ser útil saber si España es un país atrasado con respecto a los demás de esta región, o, por el contrario, si representa un adelanto; si es ya la imagen de lo que va a suceder pronto en países que ahora son más sólidos. En este esfuerzo por mante-



En lugar de utilizar la propaganda para la difusión de sus ideas, los partidos han sido esclavos y víctimas de la propaganda. (Adolfo Suárez, durante su visita a Córdoba.)

nemos dentro de la región política que deseamos —lo deseamos relativamente, sabiendo cuál es su grandeza, pero también cuántas y cuáles son sus servidumbres— nos sorprendemos cada día con que somos arrastrados por una especie de entropía hacia el mundo del subdesarrollo. Cualquiera de los índices que se utilizan para estos casos de definición, siempre difícil —médicos por habitantes, uso de teléfonos y de automóviles, consumo de papel, porcentajes de enseñanza media y superior, alimentación correcta, desigualdades sociales, supervivencia de "estructuras tradicionales dislocadas", oposiciones tribales...—, nos arrojan a los últimos lugares de la lista, que ya vienen a coincidir con los primeros lugares de la lista de países subdesarrollados. Todo esto produce una contradicción en nuestra manera de hacer política. Los partidos y el Gobierno tratan de hacer una política "europea", aferrándose a una imagen ideal, deseada; al mismo tiempo, están apresados por una realidad que no coincide. Tratamos de aplicar soluciones que pueden ser útiles lejos a problemas que son peculiares de esta otra zona, de la zona de la que nos queremos desarraigar para entrar en la otra. La democracia no puede ser, así, más que aparente. Pintamos unas libertades que la realidad social y económica del país no nos permite tener. Entretenemos con ellas a nuestros conciudadanos que luego encuentran que sus salarios —o el desarrollo de sus empresas—, sus relaciones de trabajo y de familia, la formación básica de enseñanza y de cultura, no responden a ellas. La opresión bajo la cual vivimos no se combate, la riqueza no se reparte, la sociedad no se flexiona. Se nos ofrecen imágenes más que realidades.

LOGICAMENTE, las imágenes que se nos ofrecen no pueden ser nítidas, claras y puras, porque no responden a una realidad. Pero se mantienen. En lugar de utilizar la propaganda para la difusión de sus ideas, los partidos han sido esclavos y víctimas de la propaganda; han utilizado sus ideas para servir a la propaganda.

LA incultura política se ha creado en este país, muy profundamente, durante el régimen anterior. Era una de sus bases. Pero no era enteramente culpable. Salvo la breve excepción de la Segunda República, y quizá de los últimos años de la Monarquía —en los que la inquietud política podía trasparecer sobre la censura y la represión—, viene de siglos atrás. No es fácil, por lo tanto, cambiar esta carga de un país a otro.

PERO hay dos síntomas inquietantes: uno de ellos es el de que la incultura no está solamente en la base o en la generalidad del electorado, sino en las direcciones políticas de los partidos y en el apartamiento cuidadoso que hacen de quienes podrían nutrirlos de ideas y de imaginación; otra, que el tiempo que va pasando no mejora la situación. Puede decirse que el régimen anterior traspasó lo que parecían sus propios límites y se vierte sobre éstos. No se despegará fácilmente. Lo estamos pagando muy caro, o vamos a pagar más. ■

LOS CONTEM PORAN EOS

MIRE A SU ALCALDE Y PIENSE

"Familia, sindicato y municipio" eran los pilares del régimen anterior, los tres pies del incompleto gato franquista. ¿Cómo salió la familia de la experiencia? Ahora se está viendo bien y, como se ve, los del gato culpan a los que lo dejan ver y no a los que hicieron de ella una prisión en la que cada miembro era el guardián y el prisionero de los demás. Se busca ahora la familia-libertad (igualdad, fraternidad), y quizá así sea la célula básica de la sociedad que los que la formulaban de esa forma no pudieron conseguir. Del sindicato consiguieron hacer algo fantástico: que no hubiera sindicato, sino una amalgama burocrática, repleta de mecanógrafas puliéndose las uñas, empleados discutiendo las quinielas en el café de la esquina y jefes con pluriempleo. Una masa que —ella no tiene la culpa— gravita ahora sobre toda la economía de la Administración, que es la de usted y la mía. Hasta cierto punto.

En cuanto al municipio, fue sin duda la creación más lograda: una red de pequeños y grandes caciques que dominan la España urbana y la España rural. Todavía están ahí. Gravitando sobre estas elecciones legislativas, que no en vano se han montado antes que las municipales. Todavía hay muchos alcaldes montaraces y bravíos, que recuerdan el tiempo en que cogieron su fusil y lo añoran; todavía hay concejales de rompe y rasga al frente de los dóciles empleados premiados por méritos de guerra o porque lo fueron sus padres. El municipio es uno de los residuos civiles más considerables de la guerra civil.

Se supone que en las próximas elecciones, el 3 de abril, se les va a ir de las manos. Porque ya estamos metidos en esa otra campaña. Apenas dejamos una papeleta de voto dentro de la urna y ya estamos tomando la siguiente. Por lo que se oye por esos pueblos y por estas ciudades, el placer de las elecciones municipales es bastante mayor que el de las legislativas. Quizá, y no sólo por Franco, sino por los siglos anteriores —los del "alcalde de Zalamea" y el alcalde de Móstoles—, seamos todavía un país bastante municipal; un país más hecho para los nombres y las personas que tocan cada día —si se dejan— que para lo abstracto, lo ideológico.

Un alcalde y su pregonero, su consumero, su agente municipal, no son nada abstracto de la política española. Y unas elecciones municipales son tan serias que, un día, trajeron la República a este país; y fue también un mes de abril.

Ya se sabe que este año no van por ahí las cosas. Pero unas elecciones municipales bien votadas pueden dar un contrapeso considerable a lo que salga de las elecciones generales. Pueden ser más claras, más directas, menos envueltas en el pacto, el consenso y el compromiso. Pueden acabar con los alcaldes montaraces y bravíos, pueden acabar con los concejales de rompe y rasga. Y con las especulaciones de terrenos, las licencias de construir lo que no se debe y por quien no se debe, el buen reparto de los bienes comunales, la defensa de la ciudad como algo habitable. Mire usted a su alcalde de ahora y piense, piense... ■

POZUELO